

la venida del Señor. ¿Habrá que revisar la pregunta del inicio y formularla en plural, «quiénes son los Mesías de la Biblia»?

Late en el trasfondo de la obra una peculiar concepción de la Biblia. Da la impresión de que la Tradición camina al margen de los libros sagrados; de que los autores inspirados no pueden remontar el ambiente histórico-cultural en que escriben y han de limitarse, a lo sumo, a constatar unas ideologías ambientales, matizadas con tímidas críticas.

Aunque en el libro es aceptada una Tradición que va a tamizar y purificar las esperanzas torcidas del pueblo, no queda claro si cabe esperar de la Sda. Escritura la verdad o sólo una opinión. Resultan desconcertantes, a modo de ejemplo, los últimos párrafos del libro: «Un cierto número de judíos, los discípulos de Jesús de Nazaret, agrupados en torno a los doce apóstoles, *reconocieron* en ese Maestro resucitado, aunque no sin ciertos titubeos, al mesías davídico y escatológico. *Para ellos* los últimos tiempos comienzan con la resurrección de Jesús (cf. Heb 9,26), seguida de la destrucción del templo de piedra. *Reconocido* Jesús como el elegido, el profeta y el mesías, posee sin medida el Espíritu y lo otorga a su comunidad (...). Al caer el templo, Jesús *es reconocido* no sólo como el sumo sacerdote, sino como templo de carne (Jn 2,21)» (p. 161). Los subrayados son nuestros para destacar el silencio de lo importante del NT: Jesús *es* el Mesías anunciado, *es* el sumo sacerdote, *es* el elegido e Hijo de Dios.

La excesiva visión historicista puede dejar en penumbra el contenido del mensaje bíblico. Dios no se limitó a mantener providencialmente una corriente religiosa de altos valores en Israel, sino que quiso establecer un diálogo con los hombres de entonces y de hoy. La Biblia no es únicamente el exponente de la historia azarosa del pueblo elegido, de las ideologías cambiantes y con frecuencia contrapuestas. Es, ante todo, Palabra de Dios y es preciso abordarla sin otros prejuicios para descubrir, dentro de la complejidad que entraña, qué esperanza mesiánica ha suscitado Dios en su pueblo y cómo ha ido preparándolo para que pudiera acoger a Jesús de Nazaret como único Mesías.

Dicho de otro modo, el objetivo que sugiere el título del libro es algo más que rastrear en los libros sagrados las expectativas de unos hombres, por muy piadosos que sean; pensamos que este tipo de estudios debe intentar descubrir las características del único Mesías anunciado por Dios. Pueden parecer matices insignificantes, pero hacen variar el rumbo de la investigación bíblica.

SANTIAGO AUSÍN

Pierre GRELOT, *Les Poèmes du Serviteur. De la lecture critique a l'herméneutique*, Paris, Ed. du Cerf, 1981, 282 pp., 13,5 × 21,5.

El propósito del A. queda bien reflejado en el Prefacio y puede ser resumido así: No se está en condiciones de hacer correctamente la teoría de la Exégesis bíblica si no se ejercita uno en ella; por el contrario, resulta nefasto practicar la Exégesis sin preguntarse qué es lo que se

pretende, cuáles son sus implicaciones, brevemente, si uno no se esfuerza por teorizar con rigor acerca de la misma Exégesis. ¿Por qué no reunir en un solo volumen ambas operaciones? Tal es el intento que ofrece en este libro el conocido Prof. del Instituto Católico de París, tomando como campo de experimentación los pasajes del llamado «Poema(s) del Siervo de Yahwéh», distribuido desde B. Duhm a fines del siglo pasado en Is 42,1-7; 49,1-9; 50,4-11; 52,13-52,12.

La obra está concebida en tres partes: I. (pp. 19-73) Un estudio riguroso de lectura «histórica» de los pasajes mencionados, en el que el A. propone su personal opción crítica.—II. (pp. 75-224) Una encuesta de las interpretaciones antiguas, polarizada en cuatro ámbitos: 1) La interpretación representada por la versión griega de los LXX (pp. 82-117); 2) de un lado, la interpretación del judaísmo antiguo, contenida en las alusiones del libro canónico de Daniel (pp. 119-125), y de otro, las varias interpretaciones que subyacen en algunos libros de la literatura intertestamentaria y en Qumrân (pp. 125-135); 3) la interpretación de los Poemas en el Nuevo Testamento: corpus paulinum (pp. 140-152) y otras epístolas (pp. 152-157), Evangelios de Marcos y de Mateo (pp. 158-170), la obra de Lucas (pp. 170-179) y el Cuarto Evangelio (pp. 179-183); 4) la interpretación del *Targum* de Isaías (pp. 191-224).—III. Esta parte está dedicada a extraer unas conclusiones teóricas con vistas a una recapitulación de principios hermenéuticos.

Conocidos son de los especialistas la erudición y probado oficio del Prof. P. Grelot; en el presente libro resulta sobre todo interesante el intento de conjugar teoría con práctica de la Exégesis bíblica. En esta perspectiva el libro puede servir de guía para estudios semejantes sobre otros grupos de textos, con la advertencia de que el esquema metodológico ofrecido no ha de tomarse ni como perfecto ni como único. Lo primero porque el esquema tiene puntos básicos discutibles; lo segundo porque los ámbitos posibles de estudio obligan a cambiar de esquema, o al menos de campos concretos.

He aquí algunas *observaciones* al libro, desde mi punto de vista. Ya he dicho que la *Primera Parte* constituye un ensayo de lectura pretendidamente «histórica»: el A., mediante el método histórico y la crítica literaria, intenta identificar un posible personaje real que se esconda tras la presentación literaria del «Siervo de Yahwéh». Su conclusión es que debe tratarse de una persona —o varias— que debió vivir en la época siguiente a la vuelta de los exiliados de Babilonia, mientras acometían varios intentos de reconstrucción de la vida en Judea. Debíó de ser —concluye también el A.— un contemporáneo del «Deuteroisaiás», siendo este último un profeta de la época postexílica, al que se debería sustancialmente todo el «Libro de la Consolación» (Is caps. 40-55), y que apoyó la figura y la misión del «Siervo». Cuando se sigue la laboriosa argumentación de P. Grelot a este respecto siente uno la sensación de que todo está bien tramado pero montado en conjeturas sobre conjeturas, y va pensando que las cosas pudieron ser parecidas a como las reconstruye el A., o completamente diversas. En efecto, semejante identificación del Siervo es muy discutida por la crítica moderna, y me parece que tampoco P. Grelot ha podido dar una respuesta convincente.

Por lo que respecta a los dos primeros capítulos de la *Segunda Parte*, a saber, a la interpretación subyacente en la versión de los LXX, de un lado, y en la literatura pseudoepigráfica precristiana y en los textos de Qumrán, de otro, en mi entender constituyen la investigación más convincente del libro. Era natural que así sucediese porque este campo ofrecía una encuesta más concreta y fácil; pero, en cualquier caso, es de alabar el buen oficio con que se ha llevado a cabo esta porción del trabajo. El mismo juicio merece, en mi opinión, el último capítulo de esta Segunda Parte, dedicado a la interpretación de los Poemas del Siervo que impregna el *Targum* de Isaías, escrito en época cristiana, en el que se refleja ya algo de polémica contra la cristología cristiana, aunque conserva materiales anteriores.

Cuestión más delicada era, en esta Segunda Parte, el extenso capítulo dedicado a la interpretación y uso de los Poemas en el Nuevo Testamento. Aquí se hace un amplio espectro de análisis, documentación y planteamientos que, en mi opinión, son válidos y bien estructurados. Pero la concepción de la Exégesis del N.T. que parece impregnar la exposición de P. Grelot me resulta insuficiente. Estoy de acuerdo con él en considerar que es posición adquirida por la ciencia bíblica que el «Libro de la Consolación» de Isaías ofreció una gran ayuda a los cristianos de primera hora y a los hagiógrafos neotestamentarios para expresar la fe cristológica, en especial el valor redentor de la pasión y muerte de Jesús (sobre todo Is 52,13-52,12) y la doctrina de la Filiación única y natural (sobre todo Is 42,1-2). Pero echo de menos a lo largo del estudio del A. la aclaración de que el Nuevo Testamento no puede ponerse en paridad de valor con la literatura judaica intertestamentaria; la interpretación que el Nuevo Testamento hace del Antiguo no constituye una actitud hermenéutica más en la historia de la Exégesis del A.T. En ningún momento, a la hora de practicar la Exégesis o de evaluar la ya hecha a lo largo de la historia, el A. tiene en cuenta el carácter sobrenatural de la Sagrada Escritura, lo que lleva, *velis nolis*, a una estimación reductora de los textos sagrados.

Termina el libro con una *Tercera Parte* en la que el A. reflexiona sobre el trabajo realizado con vistas a ensayar unos fundamentos de teoría hermenéutica. Me parecen excelentes proposiciones las concernientes a que toda lectura crítica es también una hermenéutica, por más que el historiador quiera mantenerse en una absoluta objetividad (pp. 228-239). También resultan interesantes las páginas 240-250, en las que se encuentran observaciones acerca de cómo el estudio de las diversas posiciones hermenéuticas que jalonan la historia de la exégesis bíblica, tanto en el seno del judaísmo como del cristianismo, obliga al investigador a sobrepasar la lectura meramente crítica e histórica. Pero en esta parte del libro encuentro también algunos reparos: a tenor de sus páginas toda la hermenéutica del Nuevo Testamento acerca de los Poemas del Siervo parece reducirse a una cuestión de *lectura*. Es decir, el judaísmo antiguo y el postcristiano —parece decirse en esas páginas— lo mismo que la primitiva cristiandad y los hagiógrafos neotestamentarios han hecho unas lecturas de los Poemas del Siervo en función de la actualización existencial en que los situaba respectivamente el momento histórico-religioso;

subraya Grelot que la actualización cristiana tiene como clave la fe en el cumplimiento en Jesús de los contenidos de los Poemas. Yo estoy de acuerdo en que esto es verdad, pero inmediatamente tengo que añadir que esto no es toda la verdad si esa fe cristiana se equipara a cualquier otra hermenéutica judaica que ve en los Poemas un prototipo del justo sufriente, considerado cualquier persona individual o el conjunto del Israel fiel a Dios. Para mí el hecho de que los hagiógrafos neotestamentarios vieran en Jesús el cumplimiento de los Poemas del Siervo no es una cuestión de mera *lectura* o *relectura*: se trata de la interpretación auténtica —hecha bajo la inspiración del Espíritu Santo— de que esos Poemas constituyen una *profecía mesiánica*, y, por tanto, preanunciaron —al menos en la intención de Dios, autor principal de la S. Escritura— aspectos de la vida de Jesús y del sentido redentor de esa vida. Entiendo que, para el exégeta católico, la divina inspiración de la Biblia no es un dogma que se acepta pero no se usa a la hora de hacer exégesis.

En resumen, acepto con P. Grelot que existe una *producción* de sentido —mejor sería decir descubrimiento— al hacer la lectura hermenéutica, en clave cristiana de cumplimiento en Cristo, del contenido de los Poemas; pero no meramente por operación hermenéutica de relectura de un texto cualquiera —como ha puesto de relieve sobre todo la lingüística estructuralista—, sino porque, según enseñó el mismo Jesús y ha recogido la tradición apostólica, los Poemas del Siervo de Isaías deben considerarse como verdaderas profecías mesiánicas, que preanuncian al Cristo, aunque sólo a partir de su cumplimiento en Jesús haya podido conocerse ese sentido que quiso darles el Autor principal de la S. Escritura.

JOSÉ M.^a CASCIARO

Antonio SICARI, *Llamados por su nombre. La vocación en la Escritura*, Madrid, Ed. Paulinas, 1981, 192 pp., 13 × 20.

Aunque haya momentos en los que esta obra tenga un nivel en cierto modo científico, se trata sobre todo de un libro de divulgación. El A. ha recogido el fruto de unos encuentros de estudio con una comunidad de carmelitas, en los que se reflexionaba sobre la Palabra de Dios y los ofrece en este libro.

En la primera parte, la más extensa de todas, titulada «La llamada», se estudia el Antiguo Testamento y se presentan diversos personajes que han sido llamados por Dios: Abrahán, Moisés, Samuel, Sara, Tobías y Job. La segunda parte se titula «Considerad vuestra vocación» y en ella estudia la llamada divina, manifestada ya en el mero existir y contemplada bajo el prisma de la alegría, considerando la elección de Dios como una fiesta. Por último, bajo el título de «Hágase en mí según tu palabra», trata de la vocación de María y de los cristianos en general.

En la exposición parte del hecho de que los personajes «no son ficciones literarias» (p. 12). Esto lo recalca con claridad, al mismo tiempo que afirma que el nivel de historicidad no es, sin embargo, igual en